

BN

Cu861.30924

H542B

AQUIN BALAGUER

HEREDIA,
VERBO
DE LA
LIBERTAD

EDITORIAL

EL DIARIO

SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA



BIBLIOTECA NACIONAL
ACCIÓN CULTURAL
REPUBLICA DOMINICANA

All eminentes
intellectualis sic
Julio Ortega
voss admanis
y facts: Ortega
Juan Ortega

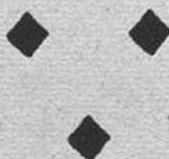


José María Heredia

ej. 2 encuadernado con e. Ide: Azul en los charcos
del mismo autor (R. 000947).

JOAQUIN BALAGUER

HEREDIA,
V E R B O
DE LA
LIBERTAD



JULIO ORTEGA FRIER
ABOGADO

EDITORIAL
EL DIARIO

SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA





ABOGADO
JULIO ORTEGA-FRIERE

BN

BN

F0624

Discurso pronunciado en la Academia Nacional de Artes y Letras de La Habana el 7 de Mayo de 1939, como Delegado del Gobierno de la República Dominicana en los actos conmemorativos del Centenario del insigne poeta José María Heredia, de esclarecida ascendencia dominicana.

28
15007

1000

“Heredia despertó en mi alma, como en
la de los cubanos todos, la pasión
inextinguible por la libertad”

José Martí

SEÑORES:

COMO aquel soldado inglés, héroe anónimo de la memorable jornada de Waterloo, que visitando la tumba de la heroína de Francia y no sabiendo cómo ofrecerle la flor de un homenaje, rompió su lanza e hizo, con los dos fragmentos, una cruz para Juana de Arco, la República Dominicana trae hoy al ara en que se glorifica al gran poeta nacional de Cuba, como la mejor rosa para la inmarcesible corona de su centenario, el alma encendida en fuego de admiración reverente.

POR obra de esos providenciales designios que han unido a nuestras

dos islas para la realización de cuanto empresa ha exigido el concurso del heroísmo para plasmarse en realidad bajo el cielo antillano, José María Heredia, legionario de la libertad, cuya lira no soltaba arpegios sino rayos, no prorrumpía en salvas sino en truenos, calentó en el regazo de una madre dominicana las alas con que ascendió a los cielos de la inmortalidad para clavar en ellos la "estrella solitaria". En el inmenso genio lírico que se encaró al despotismo y empezó a demoler las bases ya ruinosas de su poderío secular con el empuje de su inspiración ardorosa, que recogió la angustia de su patria irredenta para pasearla por América en la flor del canto heroico, se fundieron las ansias y las rebeldías de dos tierras a-

batidas por la misma adversidad y animadas en el fondo por el mismo anhelo de redimirse de un yugo colonial de cuatro siglos.

JOSE María Heredia fué, señores, más que un gran poeta, un paladín de la libertad. Si sus venas, como las de Martí, no tiñeron el ara de la patria con su carmín sagrado, sus versos, en cambio, fueron las primeras teas vindicadoras encendidas en la noche de su tierra irredenta. Su poesía, enardeciendo los ánimos y estimulando en sus compatriotas el sentido heroico de la vida, mantuvo enhiesta en el pecho de todos los cubanos la voluntad de la redención y el sacrificio. Cuba, para la que fué más larga que para ningún otro pueblo de América la tene-

brosa noche de la colonia, halló en aquellos cantos inflamados de fervor patriótico la llama que durante más de medio siglo calentó su designio de ser libre.

¡SINGULAR destino el de esta tierra mayor de las Américas! El penacho lírico que se agitó en las manos de Heredia como una bandera de batalla, debía recogerlo más tarde, para lanzarse con él en pos de la victoria, otro varón excelso en cuyos labios desplegó también el cántico sus alas: José Martí, aquel sublime animador del pensamiento apostólico que parecía adentrarse en los combates para dejar en la sangrienta arena de la lucha las huellas de sus pies de paloma.

EN PLENO MUNDO ROMANO

HEREDIA no fué un abanderado de la libertad a la usanza de la época. Traduciendo primero el "Sila" de Juy y luego el "Cayo Graco" y el "Tiberio" de Chenier, vivió durante años enteros en pleno mundo romano. Su carácter enhiesto, la rectitud de su conciencia cívica, su atávica y varonil inclinación a la entereza, alcanzaron su entera plenitud gracias a su convivencia ideal con aquel pequeño mundo mediterráneo donde floreció la civilización latina. Aquella sociedad que fué como un troquel inmenso para la acuñación de caracteres varoniles, que, a pesar del genio universalista que la anima en lo político y en lo

religioso y que fué el alma de sus vastas construcciones sociales, creó un tipo de ciudadanos de excepción que no ha sido aun superado, debió influir poderosamente en un temperamento en que ya corría en abundante vena aquella atávica predisposición a la virtud que tanto elevó sobre el nivel moral de su tiempo a su austero progenitor, a aquel probo magistrado que pareció recoger todos los rayos de luz dispersos en la noche sin justicia de la colonia para reflejarlos en la diafanidad de su conciencia de diamante. Cuando Heredia abandona aquel mundo, poblado de fantasmas gloriosos, y tiene sus primeros choques con la realidad, se produce en él esa suerte de derrumbe moral que sacude el alma de todo desplazado cuando pasa

desde la esfera de sus sueños a la de las frías realidades humanas. La democracia que ve practicar en México, en una sociedad que acaba de salir de la opresión y en la que aún las preeminencias políticas se conquistan por la violencia y no por ministerio de la ley, en que el azar preside las alternativas de la vida pública y en que el poder no se afirma en la conciencia popular sino que se gana por un accidente feliz y se pierde por otro accidente desgraciado, no era el género de democracia que él amaba y que tuvo su máxima expresión en las luchas del foro donde el pueblo imponía, como en consejo abierto, los dictados de su voluntad soberana. ¿Cómo exigir de un espíritu que pareció hecho para vivir entre las bellas formas de



la antigüedad, que fué un idólatra de la proporción y del número, que exaltó en sí mismo, hasta límites inconcebibles, el sentido heroico de la vida alimentándose con raíces romanas, su conformidad con un medio y con una época donde sus principios perecían en una puja sin gloria cuando no se desplomaban arrasados por la vorágine de las revoluciones?

LA CAIDA APARENTE

 El desencanto que se apodera de él, el dolor que lo abate al ver a México, la acogedora tierra en que plantó su tienda de proscrito, víctima de espantosas convulsiones y de enconadas riñas domésticas, hallan cabida en la célebre carta que en 1836 escribió al Capitán General Tacón, y que a menudo se invoca para afear su conducta condenando ese acto como una vergonzosa retractación del ideal patriótico que durante casi 20 años absorbió su vida y encendió en su corazón la llama de todas las inspiraciones generosas. Mas, ¿quién osó hablar de retractación? La llama de la libertad no se extinguió nunca en el alma del poeta ex-

patriado. La sombra que a su regreso a los lares nativos nubla su fe de combatiente, de paladín excelso del derecho, no es la sombra de la renunciación, no es siquiera la nostalgia, confesada o latente, del ideal perdido, sino más bien la amargura, la salomónica amargura del que presenció la ruina de sus sueños y encontró un día en espantosa soledad los altares de donde huyeron despavoridos los dioses. Esa caída aparente fué como el descenso del cóndor que busca el contacto con la tierra para desear más el de la altura; que baja a los abismos sin fondo, allí donde es más patente el contraste entre la luz y la sombra, entre la transparencia del espacio y la obscuridad en que de ordinario se incuban las intenciones humanas, para

sentir con más fuerza el desdén de las miserias terrestres y para afirmarse mejor en su afán de excelsitud y en su locura de infinito. Pero ese breve descenso, aunque haya dejado un poco de tierra en las alas donde no quisiéramos ver otra mancha que la de la gota de sangre que las enrojece tras el continuo choque con las nubes, no amengua su gloria ni empequeñece su figura. Recordad el caso de Bonanno Pisano, maravilloso artífice del siglo XII, que concibió los planos de la torre de Pisa queriéndola vertical, aspirando a hacer de ella “una oración de mármol” que se elevara recta y diáfana hacia el cielo. Ascendía ya el monumento, dorado por el sol en la nitidez de su piedra imperecedera, cuando bajo él el suelo empezó a hundirse y

parecía que la inmensa torre iba a desplomarse sobre la ciudad dormida junto al Arno. Vaciló un instante el artista, temeroso de la suerte de su obra, pero continuó superponiendo mármoles y elevando la espiral de la escalera interior, no ya con verticalidad rectilínea, sino con la “dulce inclinación de un vuelo de ave”. Los hombres que todavía hoy pasan frente al campanil milagroso, se sorprenden ante su declive, obra más bien del acaso que del arte, y no pueden dejar de ver en aquella torre inclinada una imagen del destino, de ese poder oculto y misterioso que irrumpe en los dominios de lo imponderable desconcertando muchas veces los cálculos humanos. Pues asimismo Heredia: si le hubiese sido dado concebir un plano para ajustar

a él su vida, como le fué permitido hacer uno al afortunado artista que construyó la torre multiseccular que hoy refleja su silueta sobre las ondas del Arno, su mayor afán habría sido realizar en sí mismo el ideal supremo que el arquitecto quizo en vano realizar en la eternidad de la piedra: el ideal de la verticalidad absoluta. No ha existido jamás, en efecto, conciencia más erguida que la suya. Si en su vida, como en la torre del milagro, existe algún declive, fué por defecto del medio, por inconsistencia del suelo en que se asentaron los pies de aquel coloso. Por eso, esas imperfecciones que rompen la verticalidad de la línea, no destruyen la armonía de esa vida que discurrió dominada por un anhelo de constante ascensión hacia regiones

excelsas ni impiden que todavía hoy los hombres se descubran ante su memoria como Alejandro ante la casa de Píndaro: como ante algo que debe merecer el respeto de la barbarie invasora y mantenerse vivo, en el transcurso de los siglos, para el culto reverente de las generaciones.

SUS SENTIMIENTOS CARDINALES

 L sentimiento de la justicia es, en Heredia, inseparable del de la libertad. Washington es para él el arquetipo de la perfección humana. Le seduce menos en su erguida figura de libertador el héroe que se magnifica en la función de armas, como en Trenton y en Yorktown, que el patriota que desde su retiro de Virginia se ofrece siempre a la contemplación de su pueblo en la actitud de quien podría simbolizar, en el altorelieve de un monumento a la patria, la honradez ciudadana. Cuando quiere patetizar en una imagen la perfección de este tipo singularmente armónico, le compara con una columna dórica, austera en su solidez, despojada de

inútiles ornamentaciones, pero llena de gravedad y de reposo. Napoleón, en cambio, le subleva. Este astro, que paseó todo el cielo de Europa cubriéndolo con su luz roja, como de sangre encendida, no le seduce ni en la mañana de Austerlitz ni en la lóbrega noche que lo envuelve en Santa Elena. Ese tipo de héroe no le entusiasma, más bien le decepciona. Quisiera ver en sus manos la espada que funda soberanías en vez del impío hierro que abate libertades. Ni el caballo de Alejandro, cuyos cascos parece que todavía golpean en los pórticos de la historia, ni el caballo de César, bardado de bronce como los corceles de la Ilíada, le inspiraron la admiración que le inspira aquel otro caballo de raza inmortal en que Bolívar recorrió todas

las latitudes del Continente, haciendo nacer banderas libres bajo sus cascos de fuego, y que todavía hoy, nos parece ver pasar sobre nuestras cabezas, como un centauro mitológico, hollando en una carrera sin término las páginas de todas las historias y galopando a lo largo de todas las edades.

HEREDIA Y OLMEDO

NADIE hay en América que sea capaz de disputar a Heredia el cetro de la poesía heróica. En otros, como en el cantor de Junín, el verbo pindárico adquiere un tono más altisonante, luce con mayor arrogancia cesárea, sube con vuelo más aquilino y majestuoso. Pero en ninguno, como en Heredia, vibra con tan sinceros y tan cálidos acentos la canción patricia. Olmedo, a quien se ha pretendido colocar por encima de Heredia, se hombra a lo sumo con él, de par a par, en el Olimpo de la poesía heróica americana. El poeta nacional de Cuba es tan grande como el eximio vate ecuatoriano cuando ambos pulsan la lira mayor,

la de las grandes solemnidades, la de los himnos homéricos y la de las saivas clamorosas. Olmedo se engrandece, se sublima casi ascendiendo por un camino de estrellas hasta abrir el abanico solar de su inspiración entre alturas casi cenitales, cuando se halla, con la lira de las glorificaciones, frente a la grandeza de Bolívar, como tocado por el numen de esa alma oceánica que parece haber recogido todas las armonías y todas las disonancias de la tierra para darles expresión unísona en su individualidad poderosa. ¿Cómo podía aquel poeta altísimo, levantando su voz homérica en un escenario caldeado todavía por el fuego de las guerras de emancipación, dejar de sentirse arrebatado por el titánico aliento de El Libertador, de

aquel de quien decía Martí que bastaba asomarse a su vida para sentirse orlado de oro el pensamiento? Todo es grande en Bolívar. Guerra, y su corcel de batalla recorre sin cansancio, del uno al otro extremo, la senda reservada para camino de los dioses. Escribe, y de su pluma salta un relámpago que ilumina la página de una arenga o brota una flor que luce en una carta de amores. Danza, y se entusiasma tanto con el ritmo del vals, que después comenta con aire de mundano: "el baile es la poesía en movimiento". Monta a caballo, ensilla el potrillo llanero, y no hay mejor bebedor de los vientos para llevar el mensaje de la libertad adondequiera que haya un derecho oprimido o un pueblo encadenado. Entra al recinto

de una asamblea a resignar en ella el mando de los pueblos, y se conduce con la noble firmeza del que sabe que al deponer la efímera corona del poder político está afirmado más sobre sus sienes la inmortal diadema de la gloria. Habla, y de su garganta sale un trueno; piensa, y de su frente brota un sol que va a encender la alborada de la libertad en la conciencia de un mundo.

VED ahora a Heredia ante otra inmensidad, insondable como el alma de Bolívar y llena como él de majestad y de grandeza: El Niágara. Los dos grandes poetas, colocados ante esos dos soberbios espectáculos, el uno del genio humano y el otro de la naturaleza, señorean con su vuelo caudal las más enhiestas

cumbres de la inspiración humana. Si en las estrofas del cantor de Bolívar se oyen los tambores de Junín, se respira el humo de las batallas y se ven desfilar los ejércitos de la libertad tremolando al viento sus estandartes curtidos por los soles de la gloria, en las estancias del cantor del Niágara se percibe el rumor de la inmensa catarata, se escucha el ronco murmullo de sus aguas, y se contempla también el bullir de las olas que se amotinan en los abismos, se precipitan sobre el vacío con ritmo proceloso y desfilan por el borde de los peñascos enarbolando en alto sus banderas de espuma.

PERO en lo que nadie iguala a Heredia es en el fervor patriótico, en la grandeza de la poesía elevada

a la dignidad de un sagrado ministerio para rendir culto a la patria, para propagar el sublime ideario de la redención y para mantener vivo el ideal de la libertad de un pueblo en el pensamiento y en la conciencia de sus generaciones. Para hallar figuras similares a la de Heredia, figuras en quienes el culto a la poesía se identifique con el culto a la patria, sería preciso ir hasta las Repúblicas helénicas donde los poetas y los dramaturgos, como Sófocles, mandaban ejércitos y exhortaban al pueblo desde la tribuna de las arengas.

UN MUSEO FANTASTICO

NO FUE un promotor de grandes emociones estéticas. No fué uno de esos artistas superficiales, cinceladores de miniaturas pintorescas y de primores de versificación y de estilo, que hacen frecuentes viajes por el mundo del ensueño y retornan como los pájaros trayendo sobre las alas mensajes de lo azul, de lo azul que es el color del vacío ilimitado y misterioso. Tampoco fué uno de esos espíritus universales que parecen ofrecer en espectáculo a toda la humanidad de su tiempo por la multiplicidad de su acción y por la amplitud y opulencia de su pensamiento artístico. Pero, ¡ah, señores! cuán pocas veces en América ha sido la palabra instrumento tan

fino y llameante como lo fué bajo el soplo de este supremo animador del verso! Lo que le faltó en gracia ática, en variedad y riqueza de recursos verbales, lo suplió con su extraordinaria facultad de condensación y con su dominio de la forma sintética, con aquella desbordante y poderosa fantasía descriptiva que sólo poseyeron en grado igual los grandes épicos primitivos y que le permitió llevar a sus versos, como a las grandes telas de un museo fantástico, los cuadros más diversos y las *escenas* más grandiosas. Recorrer las *poesías* coleccionadas en sus libros es como recorrer las salas de un museo suntuoso: aquí se destacan unos grandes frescos murales en que se ve al Niágara saltando impetuoso sobre los peñascos, entre

inmensos torbellinos de espuma, y precipitarse en los abismos cantando sus canciones inmortales; en frente, rivalizando con los primeros en color y en hermosura, otros frescos radiantes en que aparecen las Pirámides de Cholula, con sus enormes masas de piedra, glacialmente superpuestas, donde no sólo asoma el espíritu de una época, sino también el de una raza y el de una civilización entera; más allá, sobre las paredes de un salón contiguo, se agrupan los óleos deslumbrantes en que se copia, con singular maestría, o un pedazo de mar, o una fuga de nubes que se arremolinan sacudidas por vientos tempestuosos, o algún friso helénico, algún torso inseulto donde una voz remota, una voz acaso milenaria, nos habla a tra-

vés de las centurias con la perpetua novedad de su pasado; luego los bocetos, los esbozos en que se reproducen formas vagas, contornos imprecisos como los deseos sin objeto propio y como las revelaciones sin procedencia conocida; después, los pequeños cuadros de carácter vario, el dibujo en que el horizonte parece que se esfuma y la acuarela donde la luz solar se diluye en el ocre de un pálido crepúsculo de otoño; y, finalmente, a todo el largo de los salones artesonados, como presidiendo el armonioso conjunto desde las estatuas en que aparecen vaciadas en mármol de olímpica belleza, las figuras de todos los grandes próceres que han paseado por América y por el mundo el carro victorioso de la libertad humana.

I UNA ORQUESTA DE COLORES

 NADIE fué concedido, con la amplitud que a Heredia, aquel arte supremo que consiste en hacer palpables las cosas más abstractas y en confundirse con la naturaleza hasta el extremo de sorprender sus más íntimos secretos y de penetrar sin esfuerzo en sus entrañas misteriosas: gracias a ese don maravilloso logró hacernos sentir todas las formas y todas las vibraciones del universo sensible, desde el sonido sólo perceptible para los que no tengan el oído lleno de tierra sino lleno de cielo y poblado de infinito, hasta el vasto estremecimiento que sobrecoje a toda la creación y hace vibrar al mundo como una lira

eólica cuando revienta la hinchazón del capullo y cuando sube el sol incendiando la pradera. Pocos poetas han tenido el sentido musical y plástico que tuvo este animador de la palabra alada. Es tal la precisión y la fuerza de sus trazos, el arte con que reproduce, en unos cuantos rasgos vigorosos, el alma múltiple y varia de la naturaleza; el inusitado dominio que ejerce al mismo tiempo sobre la línea y el sonido, que en sus estrofas se percibe, junto a la sinfonía de las notas, el singular estruendo de una maravillosa orquesta de colores. Por eso muchas veces, al recorrer aquellas estrofas vivas y sangrantes, donde los versos se agrupan apretadamente para dar la impresión del desfile ordenado y armonioso de un escuadrón invencible,

nos parece que leemos en castellano los sonoros himnos de Schiller. Pero junto a esa aptitud innata para percibir el ritmo en sus tonos más vagos y la forma en sus contornos más fugitivos, tuvo también Heredia el don maravilloso de adelantarse al gusto y a la estética de su tiempo, de extender su señorío a todos los lugares y a todas las épocas, nutriéndose de savia antigua y conservando al mismo tiempo el sabor de lo moderno hasta el extremo de llegar muchas veces a lo finisecular y a lo delicuescente.

PERO lo que, por encima de esos méritos artísticos, agranda su figura hasta ponerla al nivel de las de los grandes poetas civiles del mundo, es el hecho de que ninguna

laya afea su existencia procera ni ensombrece su claro dón de canto. Cuando la saña de sus perseguidores le señala el camino de la expatriación y le obliga a arrastrar, bajo cielos extraños, el pesado madero del proscrito, este noble sagitario no desciende a las ruindades con que se empeña en denostarlo el opresor ni envenena en la calumnia o en el odio las flechas que le dispara desde el destierro con arcos de canciones. Cuando vierte en su verso, que no es la copa cincelada en que Estacio y Marcial festejaban con licor dionisíaco los excesos del paganismo en la Roma licenciosa, sino el heroico vaso, bardado de bronce, con que vació Carducci sobre la testa de los Habsburgos sus iras vengadoras, una áspera gota de veneno, en segui-

da dulcifica su acritud con otra gota de ambrosía como el aguijón de la abeja que sobre el escozor de la herida deja la huella de la miel anunciadora de la proximidad de los panales. Los versos de Heredia, aun aquellos que parecen aludes despeñados contra la tiranía o cascos de metralla lanzados contra la iniquidad del vasallaje, no pierden nada, en el fragor de la protesta, de su gracia nativa ni de su suavidad característica, como esas frutas tropicales que conservan en medio de su amargor el irresistible encanto de su aroma. Por eso, aunque la estrofa brote de su alma calcinada por el rayo, habrá siempre en ella cabida para una flor, espacio para un pensamiento delicado, para una idea henchida de honda y patética ternura, de noble

emoción humana. Y por eso también, junto al poeta de inspiración excelsa, aparecerá siempre el hombre sin mancilla, el amador ardiente de la justicia y del bien, digno, por la claridad de su carácter diamantino y por la pulcritud de su vida acrisolada, de que un cincel como el de Plutarco labre en mármol péntico el pedestal de su estatua.

LA LEGION SAGRADA

BENDIGAMOS a los batalladores como Heredia. De esos combatientes, profetas de esperanzadoras utopías, nace en los pueblos el culto helénico del ideal y el ímpetu sublime para la ascensión a esferas superiores.

ENTRE el montón de barro con que, según Esquilo, Prometeo modelaba las estirpes, debió sin duda existir también una piedra sin mácula, una piedra propia para la talla de figuras proceras. Esa piedra olímpica, calcinada por el rayo y desprendida de más allá del firmamento estrellado, fué la escogida para formar el alma de esta legión sagrada.

Son ellos, son esos seres de excepción bajo cuyo patrocinio invisible parece vivir el alma humana, los que hacen posible el retorno de los dioses a los altares de donde fueron proscritos; los que nos hacen creer, en las épocas en que en el corazón del hombre hay crisis de impulsos másculos y de ensueños generosos, en la posibilidad de que vuelva a sonar para el mundo la hora augural en que los pueblos se construyen, en que los pueblos crecen; aquella en que, tras la columna de fuego que señala la ruta de Canaan, aparecerá encendida en todos los horizontes la antorcha de las grandes reivindicaciones sociales.

¿DE DONDE viene esa suerte de patriciado del espíritu que emana

de estos seres? Viene, señores, del resplandor que traen en su palabra anunciadora, y de esa energía oculta que infunden a los pueblos y que les permite seguir creyendo, a pesar de todas las iniquidades que a diario se consuman en el mundo, en la existencia de un derecho superior a todo derecho escrito, viene de esa fe que nos transmiten; de esa fe, engendradora de milagros, que resiste el embate de todas las decepciones, que no desfallece porque en torno suyo se alce la maldad triunfante, y que no nos deja dudar de la verdad aunque la veamos humillada, ni de la justicia aunque la contemplemos vencida y en derrota; viene, en fin, señores, del resplandor hipnótico en que brotaron envueltas sus voces germinales y de su aptitud para exal-

Heredia, Verbo de la Libertad

tar el sentido heróico de la vida en la nota enfervorizada del himno en que se glorifica el optimismo y en que se hace la generosa afirmación de la esperanza.

UNA ESTRELLA EN EL DESTIERRO

RIBUTEMOS ahora, señores,
la rosa de un recuerdo a la
dulce musa mexicana que calentó en
su seno en flor los sueños del bata-
llador infatigable. Sean para ella
las rosas del amor en el día en que
el compañero inmortal recibe los
laureles de la gloria! . . .

GRACIAS a ella encontró el
combatiente el chorro de agua clara
para su sed de caminante, el remanso
acogedor para su ardiente anhelo
de reposo físico; y gracias a ella es-
cuchó, en la pesarosa soledad del
destierro, la música del cielo, tra-
ducida en lengua de la tierra por
una boca en flor, lago de miel para

los cisnes del beso, y percibió en sus vigili-
as rumores del jardín en que
ronda el ruiseñor dando voz al mis-
terio de la noche.

DEJA, oh lirio del valle de Cuen-
navaca, que tu nombre, como un aro-
ma inmortal, como un perfume re-
moto, se mezcle, bajo la advocación
histórica y espiritual de este día,
con el esclarecido nombre del pró-
cer cuya expatriación iluminaste
con las estrellas de tus claras pupi-
las candorosas. Tú y él *sois* aunque
con distinta significación y con di-
verso destino, el símbolo de las dos
fuerzas que a través de los avatares
de la historia han subyugado más el
alma humana, porque si él es el ge-
nio de la libertad que todo lo en-
grandece y que funda patrias y abate

tiranías, tú eres el genio del amor que todo lo ilumina y que torna diáfanos los días sin sol y claras las noches sin estrellas; si él es el pie que aplasta y que castiga, tú eres la mano que levanta y que perdona; si él fué duro como la venganza y como el mandoble de la espada, tú fuiste blanda como el perdón y como la fronda que recoge el rocío llorado por la noche; si él es el puño conductor del rayo de la protesta, tú eres el beso portador de la miel de la esperanza, y si él es el brazo que batalla, la mano que reivindica el derecho, tú eres la inspiración, tú eres el sol que desparrama la luz y enciende la alborada.

CUBANOS:

Su Excelencia el Presidente de la República Dominicana, Doctor Jacinto B. Peynado, me ha confiado el encargo, sobremanera honroso, de expresaros sus sentimientos de admiración hacia el esclarecido poeta que podría simbolizar, por ley de la sangre y de la estirpe, la solidaridad que vincula en el dominio del espíritu a nuestros dos países. Pero no sólo soy el vocero del ilustre jurista que hoy ocupa la más alta magistratura dominicana, sino también de todo lo que en aquella tierra hermana de la vuestra representa los intereses superiores del pensamiento y la cultura: de su Universidad, de sus centros académicos, de su prensa, de

sus artistas, de sus escritores; y en fin, como el más alto homenaje que puede ofrecer Santo Domingo al "poeta nacional de la patria cubana en esperanza", traigo además la ofrenda conmovida y exultatoria del hombre que hoy asume la dirección espiritual del pueblo dominicano: la del ex-Presidente Rafael Leonidas Trujillo Molina, el singular soldado-estadista que después de haber engrandecido, desde la dirección del Ejército, los cuarteles militares, se dedica ahora a engrandecer, desde la dirección moral de la República, los cuatro cuarteles simbólicos en que dividen nuestra bandera nacional los brazos de armiño de su cruz redentora.

JOAQUIN BALAGUER.

Del mismo autor:

Editada en los mismos talleres de la
"Editorial El Diario" próximamente apa-
recerá TRUJILLO AL SERVICIO DEL
IDEAL PANAMERICANO

